

**Presentación de "LA SAETA" n.º 56 (edición de Otoño)  
el 6 de noviembre de 2015, en la parroquia de San Lázaro**

**Presentador: Carlos Ismael Álvarez**

**-oOo-**

Ya está aquí de nuevo *La Saeta de Otoño*. No viene a cubrir ningún hueco del calendario ni a mantener viva llama alguna, porque la antorcha de las cofradías luce con fuerza durante todo el año. Se trata más bien de responder a una demanda creciente de un público interesado, por no decir ávido, de conocer cuanto se mueve y bulle en eso que hemos dado en llamar mundo cofrade.

El papel está resistiendo con bastante más fuerza de la que muchos esperaban los embates de la denominada era digital y aquí, desde las páginas cuidadas y atractivas de esta veterana publicación, él reclama su vigencia y nos demuestra las muchas y buenas razones en que fundamenta su derecho a coexistir con los nuevos y variados soportes que hoy sustentan el ancho universo de la información. Hagámosle un hueco en nuestras casas a una publicación que viene, además, en esta ocasión, renovada y al día.

De la nueva junta de gobierno de la Agrupación y su Presidente y de la actividad palpitante de las hermandades a lo largo del año, da cuenta detallada *La Saeta de Otoño*. Los actos cofrades. Los cultos, los altares de cultos. Los pregones y su *género chico* de exaltaciones y presentaciones de diversa laya. Los traslados. Los carteles. Todo ese rosario desgranado y cíclico en torno al cual giramos por los años de los años amen, sin pararnos a pensar, a veces, ni en las luces que presentan como son el trabajo codo a codo y el perfeccionismo de las cosas bien hechas ni, mucho menos, en las sombras indudables en que incurren cuando supeditamos el fondo a las formas o

cuando incurrimos descaradamente -pongámonos cada uno la mano en el pecho- en los meros ejercicios de estética.

Al mundo cofrade, ese al que pertenezco con pasión heredada y convencimiento adquirido, ese cuyos valores he inculcado a mis hijos, le sobra autocomplacencia y necesita de buenas dosis de autocrítica y renovación. Los cofrades corremos el riesgo de quedarnos fosilizados en formas caducas propias de tiempos idos para siempre. No se trata ya del peligro –evidentísimo- de caer en esa *afición sin Dios* tan lúcidamente denunciada, sino en la posibilidad muy real hoy de incurrir en el frikismo, en el anacronismo crónico y devenir obsoletos e incomprensidos por los que, con los relojes de las formas mucho más en hora, nos rodean a diario. El papel de las cofradías, anunciar al Resucitado, salir al cruce de los caminos como dice el mandato evangélico, es decir a la calle con Cristo y sus ineludibles consecuencias, está más vigente y es más necesario hoy que nunca, y ante nosotros, lo estamos viendo todos los días, tenemos campos enormes por labrar. Por eso urge no perder de vista que el ámbito natural del cofrade es la calle y no la capilla. Y que una cosa es hacer las cosas bien hechas (en la capilla o dónde haga falta), y otra muy distinta es quedarnos en ella rizando los rizos del pasado y contemplando arrobados encajes y volutas de humo que se deshacen y quedan en la más absoluta de las nada.

La Saeta, de siempre, fue eso que antiguamente se decía, una *revista gráfica* y en el pasado su vocación fue mucho más la imagen que el texto. En esta tradición pero añadiendo cuidados pies de fotos, está la sección “La Semana Santa de 2015 vista a través del objetivo fotográfico”. Se trata de una verdadera antología de escenas procesionistas captadas en la inmediatez del

cortejo y de la bulla que invariablemente lo circunda. Su contemplación atenta denota unas veces la meditación con que el autor ha programado, por así decir, la toma realizada como un paciente cazador que aguarda al rececho sabiendo, por veterano y experto, cómo y cuándo la pieza vendrá ante el punto de mira de su arma para ser cobrada. En otras por el contrario, se adivina que la inspiración cuando ha venido, como certeramente afirmaba Picasso, ha pillado al artista trabajando. Son, todos lo hemos presenciado muchas veces, horas y horas de calle con el equipo a cuestras, navegando la bulla, lidiando con mayordomos celosos que reclaman un espacio que es suyo y poniéndose perdido de cera...

Pero aquí está impreso en las páginas el resultado espléndido del esfuerzo y del arte, expresado en mil formas. Toda la esencia captada con mimo de las procesiones por las calles, ese mundo poliédrico que tantas y tan bellas facetas ofrece. Aquí están, temblando en el papel, la urdimbre suntuosa del damasco en las capas, la verdad inapelable de los primeros planos sorprendidos, los contraluces bajo la arboleda, la solemnidad del cortejo a cubierto de las altas bóvedas o los detalles primorosos de un rostrillo de tul.

Personalmente me ha gustado mucho el bosque de guiones, enhiestos y enfilados como un sendero toscano de cipreses en la página 76 y la belleza irreal y etérea de la maravillosa sinfonía coral, en carmesí, y plata, de la página 53, que el omnipresente Eduardo Nieto –él sabrá cómo- captó en medio de calle Larios, el último Lunes Santo cuando pasaba la Virgen de la O.

Los estudios e investigaciones se inician en este número de otoño con una evocación de la procesión del Paso y la Esperanza cuando, tras ocho años, volvió a salir a la calle en 1940, la Virgen *“con unas flores de azahares y*

*una mantilla de encaje, recogido al brazo su manto verde sin bordados*". Sin nombrarlo en ningún momento, porque este tipo de crónicas no solía firmarlas, el trabajo de Manolo Bueno reproduce textos excelentes de un gran cofrade. Hablo de Sebastián Souvirón Utrera, esperancista con cuatro o cinco generaciones de ascendientes por línea materna asentados en los libros de hermanos de la Archicofradía que se remontaban a los toneleros del siglo XVIII acogidos bajo el patronazgo del Señor del Paso. Brillante y ameno escritor, polemista experto, desde un puesto clave en aquella Málaga de la posguerra, la dirección del diario "Sur", Souvirón puso la prensa a disposición de las cofradías y realizó una enorme labor propagandística de la Semana Santa de Málaga.

La cabecera de la revista que hoy presento, fue una de las beneficiarias de sus iniciativas en este sentido y, en una época de graves carencias en donde hasta el papel para los periódicos estaba sujeto a cupos severos, desplegó todas sus influencias para remover obstáculos de diversa índole y editar la mítica Saeta de 1947 con una calidad de papel, de impresión y sobre todo de textos, porque las mejores plumas de la ciudad acudieron naturalmente a su llamada, que causó sensación en su tiempo.

El bibliófilo que llevo dentro, todavía lamenta de vez en cuando no haber tenido la 250 pesetas que un librero de viejo de la calle Elvira le pidió por ese número, cuanto estudiaba leyes en Granada.

Además de refundar *ex nihilo* la Hermandad Sacramental de Viñeros y colaborar en la Biblia de la Semana Santa de Málaga, (el LLordén es Llordén cuando transcribe protocolos notariales y es Souvirón cuando narra anécdotas de antaño), este periodista estrechamente vinculado al obispo cardenal Herrera

Oria, acabaría siendo premiado con el Pregón de la Semana Santa muchos años más tarde, cuando su tiempo y su contexto ya habían pasado por completo.

Al hilo del artículo del Director Andrés Camino, añado que mi lanza la he roto siempre por la actual imagen del Resucitado, que llevé sobre mis hombros un Domingo de Resurrección ya muy lejano cuando la generación de cofrades a la que pertenezco reclamó para sí, ante el patente fin de una época y la extinción de los hombres de trono que dejó atónita y sin respuesta a una Agrupación cuyos rectores insinuaron que lo mejor era dejarlo (sin salir) ese año, el honor y la responsabilidad de llevar su trono sobre el hombro. Hace unos años se puso de moda en algunas retransmisiones, de radio y de televisión, una crítica infundada y frívola hacia la imagen de José Capuz. Ahora que el tiempo, y por qué no decirlo la monumental obra de Sánchez López, han puesto las cosas en su sitio, el debate se ha trasladado a la conveniencia de recuperar el misterio con su iconografía secundaria. Yo he votado, hace sólo unos días, por la ratificación del trono proyectado por Fernando Prini y me mojo aquí hoy por su apuesta brillante que viene a ser una réplica inspirada y áurea al catafalco de Moreno Carbonero; hay en ella una sugestiva y espléndida simetría entre la muerte y la resurrección que tiene como eje la jornada vacía y alitúrgica del Sábado Santo. Para los que creemos que las procesiones en la calle, por encima de cualquier otra cosa, tienen que transmitir un mensaje, esta secuencia última con el Señor mostrado consecutivamente muerto y resucitado a bordo de dos catafalcos soberbios, es una manera inigualable de rematar nuestra Semana Santa.

No trato de polemizar, ni este es el sitio para debatir, pero expreso humildemente mi convencimiento de que en el Domingo de Pascua no cabe hacer penitencia, ni estación de penitencia; que el Resucitado es, pongámonos como nos pongamos, una procesión de gloria incrustada en la Semana Santa y que me maravilla que aquellos que, con tanta razón, proclaman que la estética no lo justifica todo, y que en las procesiones todo, desde el color de los hábitos hasta las insignias, pasando por la propia estructura del cortejo, responde a un por qué, no hayan dicho nunca que los capirotos –instrumento y símbolo de penitencia- están de más, por no decir que sobran, en ese día glorioso del Domingo de todos los domingos en que Cristo, triunfador de la muerte, ha resucitado.

La fotografía del padre Félix Granda sentado en el jardín, inserta en el artículo de Pilar Díaz Ocejo, recuerda instintivamente a uno de esos inefables curas modernistas, incardinados todos en la diócesis de Oleza, retratados insuperablemente por Gabriel Miró.

Granda reivindicó tempranamente la figura devaluada del decorador, haciéndola crecer como un compendiador de la belleza que remite a Dios. Cuesta trabajo entender, desde la óptica de hoy, cómo una ciudad que atesoró dos muestras monumentales de su arte, no entendió su apuesta por el mensaje y se limitó a admirar su obra sin comprenderla. Aquí se siguió produciendo tronos carentes en su mayor parte de significado y que, todo lo más, se adaptaban a la iconografía de la imagen. Pese a la contemplación de esos dos tronos, que nunca pasaron desapercibidos, aquí nadie oyó, hasta que llegó Agustín Clavijo, hablar del concepto “programa iconográfico”, propuesto por este sabio sacerdote hacía ya muchos años.

La grandeza del Padre Granda está en que desafía al espectador y lo reta a entender; en que le obliga a trascender la mera contemplación, por muy admirativa que esta sea, obligándolo a pensar. Dueño de insondables saberes, como diseñador encripta deliberadamente su mensaje y nos desafía a descifrarlo. La clave está siempre en la Sagrada Escritura, los versículos esculpidos en los arquivoltas –naturalmente siempre en lengua latina- están concebidos como pistas y la simbología dispuesta en tondos y esmaltes rutilantes que operan como jeroglíficos. La solución nunca es fácil. Todavía, sesenta y muchos años después de su estreno se discute si el trono del Cristo de la Expiración eso no el Arca de la Alianza y ha habido que esperar a la magnífica conjunción del arte sacro y las artes suntuarias que es el trono del Cristo de la Redención para saber, por fin, que, después de muchos años, Granda y sus artistas han tenido aquí unos dignos sucesores.

La atenta lectura del trabajo de la doctora Estévez García revela que a veces tomamos impremeditadamente la literalidad de una palabra para traer hasta el mundo cofrade aspectos del tráfico mercantil del pretérito que nada o muy poco tuvieron que ver con las corporaciones que procesionaban a sus Titulares en la Semana Santa. Y es que la palabra cofradía puede tener significados distintos. En el siglo XX, por poner un ejemplo cercano y comprensible, una Cofradía de Pescadores, era o es una cosa completamente distinta a lo que nosotros, los que estamos aquí, entendemos por una cofradía. Hay confusiones, frecuentes en la historia de algunas hermandades de origen gremial, al deslindar antiguas corporaciones mercantiles y religiosas de nombre similar, que no deberían tener lugar sobre todo después de la obra del malogrado investigador José Miguel Ponce Ramos.

Es bien conocido el papel que la mayor parte de nuestras cofradías desempeñaron en las confusas e indefinidas lindes que separan la hermandad de ánimas de la mera mutualidad de entierros en unos tiempos que, a estos aspectos, finiquitaron en los albores mismos del siglo XX. El trabajo de Eva María Estévez, que transcribe añejas escrituras, nos lo recuerda. Pero lo que está por estudiar es la facilidad pasmosa del mundo cofrade para reinventarse y enlazar en nuestros días con sus fines estatutarios del pasado, poniendo en pie una actividad, la inhumación en columbarios, que no solo ha logrado enraizar a familias enteras con la cofradía y el templo en el que, bajo o junto a los Titulares que veneraron aguardan la resurrección sus deudos, sino que además, -seamos claros-, ha permitido disponer de unos recursos económicos que se han notado, y mucho, en la realidad patrimonial de nuestras hermandades.

Hace solamente unos días, la prensa ha publicado la noticia de que Málaga es la ciudad española que, tras Bilbao, tiene un mayor índice de incineraciones. Yo no sé si en la capital de Vizcaya el fenómeno tiene algo que ver con los altos hornos. Pero desde luego afirmo que en Málaga ese dato remite a la pujanza de las cofradías, a su capacidad de innovación y adaptación a los tiempos, a su sólido arraigo social y a la repercusión que sus actividades tiene en algunas cifras, a veces insospechadas, de los indicadores económicos de la ciudad.

Cualquiera que haya investigado y pasado muchas horas en un archivo ha tenido la agrídulce experiencia de toparse de pronto con un documento inesperado e interesante, pero que nada tiene que ver con el objeto de sus pesquisas. El investigador, que está allí dedicando su tiempo a otra cosa, duda



siempre entre seguir el camino o detenerse ante el papelote. Y el cofrade Paco García, doctorando entonces, no dudó en pararse y tomar sus notas. Con ellas ahora nos hace ver, que el rosario de peticiones a Teresa Porras, Gema del Corral o Elisa Pérez de Siles, ha existido siempre, y que al Ayuntamiento, a veces abusando un poco, hemos acudido de toda la vida con las más dispares peticiones, aunque es justo admitir que no siempre fuimos atendidos con el convencimiento y la largueza de ahora mismo. Cano Ortega, que en los años veinte del pasado siglo fue en Málaga de todo menos obispo, y de la Torre Prados (que lleva el mismo camino), son dos magníficos ejemplos de alcaldes conscientes de que las facilidades dadas a las cofradías tienen, como ahora se dice, un retorno a la ciudad que las justifica plenamente.

Citar hoy a José María Pemán es asumir el riesgo de ser estigmatizado por cualquiera de los nuevos apóstoles que, con tanto cinismo, predicán el respeto y la tolerancia, esos mismos que miran al tendido cuando es profanado un templo católico. Garrido Moraga lo cita como maestro en su artículo sobre literatura y Semana Santa y yo me permito añadir y concretar aquí que su antológico (y poco conocido) poema *“El Galán en la Procesión”*, escrito, me atrevería a decir, con el capirote puesto y publicado precisamente en el número del mes de abril de 1953 de la revista malagueña de poesía *“Caracola”*, aún insuperablemente, y desde muchas vertientes, todos los aspectos religiosos, espirituales, sentimentales y estéticos –con sus contradicciones incluidas- que una procesión en la calle supone. Junto al romancillo del Cristo de los Gitanos de nuestro Pepe Carlos de Luna, (digo nuestro por cofrade y por malagueño) es con toda probabilidad lo mejor de la poesía de Semana Santa.

Enrique Guevara se refiere a una obra con vocación enciclopédica y adelantada -quizás demasiado adelantada- a su tiempo: "*Semana Santa Española*". A mitad de camino entre la iniciativa comercial y la divulgación cofrade, tengo para mí que no debió alcanzar ninguno de esos objetivos. Como tantas obras de la erudición decimonónica está escrita por el procedimiento de la encuesta circular remitida un poco en plan *a ver qué pasa*, con lo que, indefectiblemente el resultado es envarado, limitado y poco atractivo. Yo tuve de niño ese libro en mis manos en casa de mi amigo Federico París, cuyo padre, ejemplar cofrade de la Soledad de San Pablo, lo tenía en su biblioteca. Lo veíamos con la curiosidad de saber qué se decía allí de nuestras respectivas cofradías y, para nuestra decepción, aquel tocho impreso en blanco y negro, cuando *La Saeta* o *Guión* utilizaban ya la cuatricromía y las tintas metalizadas, conteniendo, además, información más fresca y abundante, no nos decía nada.

Las cofradías moviéndose en los aledaños del poder, sirviéndolo no se sabe bien para qué, a veces en actos meramente políticos en los que se solicitaba su concurso casi como un pretexto, por no decir de relleno, en programadas visitas en las que el Estado era el único interesado. Esta es la meditación que nos propone, como al trasluz, el doctor Jiménez Guerrero que logra dejarnos, tras la lectura de su trabajo, con esa sensación de flagrante desubicación.

Digamos en descargo de aquellos abnegados cofrades de la posguerra que es injusto enjuiciar la actitud de ellos en aquel entonces con nuestros criterios de hoy; que la reconstrucción de todo lo perdido tenía un coste económico que, en una sociedad empobrecida y con enormes carencias de

bienes y servicios básicos, en modo alguno podía sufragar; y que poner en pie desde sus cenizas la Semana Santa de Málaga inevitablemente trajo consigo el pago de determinados *peajes* que debieron ser ineludibles.

Para entender las aguas procelosas que navegaron aquellos cofrades baste un solo ejemplo. Don Tranquilo Bianchi, el cónsul benemérito de Méjico al que se refiere Pepe Jiménez Guerrero en su artículo, recibió todos esos honores y distinciones a los que en el trabajo se alude, por haber salvado la vida de cientos de malagueños perseguidos en los siete descontrolados, anárquicos y horrorosos meses en que Málaga perteneció al bando republicano durante la contienda. Pues bien, ninguno de esos reconocimientos públicos le sirvió de nada a la hora de ser destituido fulminantemente a petición del Gobierno de Franco cuando, pretextando esa misma inmunidad diplomática e inviolabilidad del consulado, pretendió seguir haciendo lo mismo en la hora en que los que pretendían refugiarse bajo su bandera eran los perseguidos por los vencedores en la Guerra Civil.

Personalmente doy la cara por mi predecesor don Manuel García del Olmo que aparece en una de las fotografías del artículo al que me refiero porque era, en aquel momento de la visita de los marinos argentinos, Gobernador Civil de Málaga. A ese notario sevillano, enamorado de la Virgen de la Esperanza, deben mucho varias cofradías de Málaga, no solo la de la Virgen perchelera, de la que fue Hermano Mayor activo y efectivo.

El artículo de Francisco Marmolejo sobre los fondos documentales del archivo de la Cofradía de la Expiración nos transporta a un mundo ya lejano, e incomprensible hoy para muchos, en el que ir de Málaga a Sevilla era poco menos que una aventura y en donde la mayor parte del peso en cualquier

negociación era forzoso fiarla a las idas y venidas de una correspondencia por carta.

La conservación de los fondos documentales del archivo de la hermandad nos revela los pormenores de la gestación del encargo al taller de Elena Caro del mato de la Virgen de los Dolores. Los intentos cofrades de conservar el manto antiguo fundiéndolo con el moderno, tras el que se adivina la intención económica de ahorrar y el curioso y certero argumento del bordador que les advierte de lo contrario “más por el interés de ustedes que por el mío propio...” El detenido y compartido examen del boceto en el que la junta no se resiste a la tentación de modificarlo siquiera sea en la banalidad de la cenefa... la súplica de ayuda pecuniaria a la Guardia Civil para financiar una obra que excede en mucho las posibilidades de la encargante... toda una serie de enjundiosos detalles en el que los cofrades de generaciones posteriores nos reconocemos a nosotros mismos...

Marmolejo subraya con gracia y acierto una circunstancia que yo he presenciado varias veces en mi vida cofrade, alguna precisamente en ese mismo taller. Me refiero a la resistencia del artífice a separarse de su obra, una vez terminada. Ese “ya os la vais a llevar...” que todos hemos oído alguna vez pronunciado con sincero pesar por quien se ha afanado muchos meses sobre el bastidor –durante diez horas diarias, -se nos dice en el artículo- y no puede permitirse luego siquiera la compensación de la morosa y detenida contemplación de su propia obra de arte una vez concluida, que es casi arrebatada por cofrades y albaceas que tienen prisa en llevársela y horas de camino por delante para la vuelta a casa.

Alberto Palomo nos cuenta la historia conmovedora de don Antonio Gavilán González, presbítero virtuoso y bragado, y su curiosísimo periplo desde un cortijo de Alcalá del Valle por Monda, Benamocarra y Álora con el Stmo. Cristo de la Misericordia a cuestas, hasta dar con tan piadosa imagen en un retablo del convento de la Merced, un año antes de su bárbaro saqueo e incendio.

Palomo, investigador avezado y solvente, deshace algunos equívocos propalados en varias publicaciones y nos narra el desgarrador final de su historia. El cura que pese a enfrentarse valerosamente a los incendiarios había sobrevivido a la destrucción del templo a su cargo, encarga un nuevo Cristo bajo la misma advocación para la parroquia de Santiago, donde fue destinado como párroco. Esta nueva imagen, aun salvándose de los desmanes de la Guerra Civil no la llegó a ver expuesta a la veneración de los fieles por ser él mismo asesinado en el mes de agosto de 1936.

En este año de la Misericordia que comienza, (la portada de la revista no es casual ni arbitraria), pidamos al Señor ante su crucifijo por el alma del Padre Gavilán. Yo estoy seguro que él, mártir consecuente con nuestra fe, habría pedido también por el perdón de los que lo asesinaron por ser cura.

El arte cofrade, aspira, por encima de cualquier otra cosa, a conmover y la puesta en escena en la calle de los pasos de la Pasión del Señor gira toda en torno a esta pretensión primera: obtener la compunción y el arrepentimiento como fruto de lo que el espectador presencia fuera de los templos. La pública celebración de la Semana Santa y sus procesiones descansa en algo tan comúnmente asumido y antiguo como el que *las cosas entran por los ojos*. Luego más tarde las cofradías a los largo de los años han ido añadiendo con

maestría -en definitiva con arte- nuevos sentidos a este empeño primigenio con la suma de los arreglos florales o la música.

Pocas escenas tan patéticas en este sentido como la flagelación de Jesús lo que explica dos cosas que la doctora Dolores Vargas nos hace ver en este número de *La Saeta*: la proliferación de cofradías que han procesionado a través de los siglos el llamativo paso de Jesús atado a la columna, en sus distintas advocaciones, de un lado, y cómo, por otro, la iconografía del flagelado fue evolucionando desde una representación más antigua con la columna *de suelo a techo*, quizás más veraz desde el punto de vista arqueológico, pero que ofrecía -a la hora de su representación en el trono- los graves inconvenientes del tamaño y de tapar demasiado la vista del azotado, hacia una columna pequeña o simple balaustre que permite mucho mejor la contemplación del Señor en este paso de su Pasión.

La incorporación de las flores a los tronos procesionales, sobre todo en el caso de las vírgenes, ha sido una cosa relativamente cercana en el tiempo. Las primeras fotografías revelan su casi completa ausencia, quizás porque se sobreentendía que si las normas litúrgicas impedían cualquier exorno durante la Cuaresma y la Semana de Pasión, se considerase que, con mayor razón, debía prescindirse de ellas en los cultos de la Semana Santa.

Fue en las primeras décadas de siglo XX, como consecuencia o secuela sin duda de la aparición (aquí rezagada) de la estética modernista, (de quien tan tributarios son nuestros palios y mantos), las flores empezaron a tener una presencia relevante en los tronos. Pero en aquel entonces la flor no tenía otra función que la meramente ornamental.

Los arreglos florales en Málaga se exacerbaron en la posguerra en dos avalanchas sucesivas: la primera, con los llamados *tronos de flores*, solución provisional a la que debieron recurrir nuestros antecesores como recurso ante la destrucción absoluta del patrimonio cofrade con el advenimiento primero de la República y, años después, de la Guerra Civil. Y la segunda, porque al disponer de recursos económicos muy escasos y limitados en el empeño de sustituir los tronos perdidos con otros enormes y monumentales, que seguían el paradigma del de la Virgen de la Esperanza destruido en el incendio y saqueo de Santo Domingo, necesariamente quedaban grandes espacios en los mismos que se rellenaban con una profusión floral desconocida hasta entonces por completo. A medida que esos tronos se fueron mejorando, con la incorporación de candelерías por ejemplo, y ya no había nada que ocultar, las flores, cuyo fin era tapar el tren de velas (la escalerilla, que decían los albaceas), fueron retrocediendo hacia exornos mucho más comedidos.

El paso siguiente, en el que la flor ya no sólo ornamenta sino que, a la vez, significa, es de antesdeayer. Como Miguel Ángel Vargas y Ángel Enrique Salvo nos indican el simbolismo de la azucena, por poner un solo ejemplo, estaba codificado en la emblemática, la heráldica y en la iconografía de los santos desde hace siglos, pero su incorporación significativa a los tronos de la Semana Santa es de antesdeayer, señalando ellos con todo acierto a Jesús Castellanos como uno de los cofrades que primero subrayaron la carga simbólica de la utilización de la flor.

La revista *La Saeta* continua ofreciendo con constancia admirable, junto a su número de otoño, entregas de su colección Los Libros de “La Saeta” y, en esta ocasión, siendo fieles testigos de los acontecimientos de su tiempo, cuatro

conocidos cofrades, Andrés Camino Romero, Paco Jiménez Valverde, Alejandro Reche y Antonio Márquez se aúnan para una nueva entrega en la que nos relatan la Historia de la Hermandad Sacramental de San Lázaro y la crónica de la Coronación Canónica de su Titular la Virgen del Rocío, junto con el Pregón que la anunció y sus profundas huellas devocionales.

Me limito aquí a recomendar con todo interés una lectura con la que nadie perderá su tiempo, porque quiero emplear el poco que a mi me queda en esta tribuna para decir que cuando se superan las querellas, estériles e impropias de quienes nos decimos cofrades, cuando se olvidan los egos y personalismos ridículos y es la cofradía la que late unida como un solo cuerpo, cuando no se persigue otro fin que la gloria de los Titulares, las cosas salen indefectiblemente muy bien, como han salido en la reciente Coronación Canónica de la Virgen del Rocío.

Bien sabéis todos que no soy imparcial y que aquí juego en casa. Pero aún así estoy seguro que compartís conmigo la evidencia de que la cofradía que hoy nos acoge en el templo de sus Titulares lo ha bordado, que hemos asistidos todos boquiabiertos a la excelencia cofrade y que el triunfo de la Virgen del Rocío en esa jornada memorable que jalona un antes y un después, es, no solo el éxito de sus hermanos, éstos que le han echado al asunto todo el amor y todas las horas que han sido precisas y se lo han trabajado durante muchos meses, sino también el triunfo colectivo de toda la Málaga cofrade que ha exhibido, ante propios y extraños, una formidable capacidad de convocatoria y de organización, una manera efectiva de ilusionar e implicar voluntades y una forma luminosa de hacer bien las cosas que ha prestigiado a todas las cofradías de la ciudad. Esos hermanos han dado todo un ejemplo de hasta



donde se puede llegar cuando se va a una y nos han dejado en muy buen lugar a todos los demás cofrades. Yo, por la parte que me toca, se lo agradezco en el alma.

Os animo, en fin, a que no os quedéis sin vuestro número de La Saeta una publicación renovada y al día que ofrece siempre lo mejor desde sus pulcras páginas, y desde luego en esta ocasión, bastantes más cosas de las que aquí he enunciado. Y os animo sobre todo a sentir en el pecho el orgullo legítimo de ser cofrade y de merecer ese honroso nombre.



De izquierda a derecha: José Carlos Garín, Pablo Atencia, Andrés Camino, Carlos Ismael Álvarez (presentador de la revista) y Juan José Lupiáñez